

Champourcin, Ernestina, *La casa de enfrente, seguido de dos capítulos de la novela “Mientras allí se muere”*, edición de Carmen de Urioste-Azcorra, Sevilla: Renacimiento, 2013, 220 pp. ISBN 978-84-8472-833-7

DOI 10.5944/rei.vol.3.2015.13830

Reseña de IKER GONZÁLEZ-ALLENDE

University of Nebraska-Lincoln

Finalmente disponemos de una reedición de la única novela completa de la poeta Ernestina de Champourcin (Vitoria, 1905-Madrid, 1999), *La casa de enfrente*, escrita en 1934 y publicada en 1936 en Madrid por la editorial Signo. Esta nueva edición, a cargo de Carmen de Urioste-Azcorra, recoge, además, dos fragmentos de un proyecto de novela que, bajo el título de *Mientras allí se muere*, Champourcin publicó respectivamente en la revista *Hora de España* en plena Guerra Civil (1938) y en la revista mexicana *Rueca* en 1941, cuando ya se hallaba en el exilio. De esta manera, este volumen recopila toda la prosa de la poeta vitoriana. En la introducción se señala cómo Champourcin no sentía gran estimación hacia *La casa de enfrente*, llegando a calificarla como un “error de juventud”, lo cual ha llevado a numerosos críticos a considerar esta novela como un texto secundario (p. 21). Sin embargo, Urioste-Azcorra argumenta acertadamente que esta obra resulta relevante para aproximarnos a la “evolución tanto social como sentimental de una mujer en las primeras décadas del pasado siglo” (p. 21).

La introducción crítica se abre con una breve exposición de las dificultades a las que se enfrentaban las mujeres escritoras en el primer tercio del siglo XX. La editora señala que Champourcin padeció una “cuádruple marginalidad” por ser mujer, esposa de Juan José Domenchina, exiliada y poeta (p. 7). Tras una sección sobre la vida y obra de Champourcin, se realiza un análisis detallado de *La casa de*

enfrente, en el que se explica el título de la obra como “la imposibilidad de acceder totalmente al Otro” (p. 13). Elena, la narradora protagonista de la novela, espía al vecino de enfrente, pero al igual que en su relación amorosa con Arturo, no consigue conocer de manera completa sus acciones o pensamientos. Así se expresa al comienzo de la novela: “¡La casa de enfrente! Lo que no será nuestro nunca, lo que vive paralelo a nuestra vida, ... lo que nos roza sin impregnarnos, lo que nos incita pérfidamente sin entregarse jamás” (p. 32). Urioste-Azcorra relaciona el deseo de conocimiento de la protagonista con sus actos de desnudez, tanto para el vecino como para su amado, pero en ambos casos el resultado es insatisfactorio, lo que le lleva a inferir que la novela ofrece un mensaje negativo “acerca de la posibilidad del entendimiento entre los seres humanos” (p. 16).

La editora parte de las escenas de desnudez al comienzo y al final de la novela para señalar su carácter circular. Asimismo, detalla la estructura y temporalidad de la obra: su división en un prólogo y tres partes, cada una con un título —“La cabellera del sol”, “María de Magdala” y “El cuaderno gris”—, correspondientes a tres niveles temporales diferentes: el presente de la escritura, el pasado cercano y el pasado remoto de la infancia y de los años de internado en un colegio religioso. La fragmentación y los saltos temporales generan cierta complejidad en la narración. De esta manera, el narratario al que se dirige Elena en las primeras páginas y por petición del cual relata su infancia puede tratarse de Arturo, pero también de otro personaje masculino del que posteriormente se halle enamorada. Tampoco queda claro si el prólogo y el momento de la escritura de las dos primeras partes corresponden a una época anterior a la del diario, ya que se podría pensar que tras marcharse Arturo a París, la narradora decide reflexionar sobre su vida y escribir esas partes en forma de memorias para enviárselas con su diario a su narratario.

Urioste-Azcorra completa su introducción señalando algunos de los temas que aparecen en la novela, tales como la crítica a la educación burguesa, la deficiente formación sexual de las niñas, la necesidad de obediencia en el internado, las tendencias perversas y

los éxtasis místicos de la protagonista, las estrechas amistades entre monjas y alumnas, y por último, el noviazgo y la completa entrega de Elena a Arturo. Desde su infancia, la protagonista se siente incomprendida por su entorno social y recibe una educación basada en la disciplina y el desconocimiento del cuerpo. La narradora lamenta que ciertos temas relacionados con la sexualidad se consideren tabúes para los niños: “los hombres, las bodas y el tener niños eran asuntos feos de los cuales no debía hablarse” (p. 91). El rechazo a lo corporal se aprecia cuando las niñas del internado se tienen que lavar con el camisón puesto, nunca desnudas (p. 69). También se critican las burlas que sufren los niños que no actúan como los demás: “Nunca llares raro a un niño por mucho que te choquen sus genialidades, por muy absurdos que te parezcan sus gestos” (p. 49). De hecho, la narradora señala que las muecas y los gestos que realizaba aumentaron por las constantes correcciones y bromas por parte de su institutriz (p. 57).

Para la editora, la protagonista alcanza al final una liberación de las restricciones culturales a las que se ha visto sometida y logra expresar libremente su amor (p. 21). Efectivamente, uno de los mensajes de la novela es la sublimación del acto de amar del que es capaz la mujer. Así se indica en las últimas líneas por medio de una cita de Rilke: “Ser amada significa consumirse en la llama; amar es resplandecer con una luz eterna e inagotable. Ser amado es pasar; amar es permanecer” (p. 179). Anteriormente, Elena se lamenta de la incapacidad de los hombres de entregarse completamente al amor: “¿Por qué los hombres no han de querer del mismo modo que nosotras? ... Yo hago en cada ocasión más, mucho más de lo que él espera. En cambio, él no hace nunca las cosas que yo me atrevo a esperar” (p. 162). La protagonista también se muestra contraria a las normas sociales que regían el comportamiento de la mujer en las relaciones amorosas, obligándola a ser recatada, fingir frialdad, esconder sus sentimientos y retardar la contestación de las cartas del enamorado para así hacerse valer y desear. Las pautas amorosas que Champourcin critica en los años treinta se mantuvieron largo tiempo después, como detalla Car-

men Martín Gaité en *Usos amorosos de la posguerra española*. Elena incluso rechaza la idea del matrimonio, lo que le lleva a negar que Arturo y ella sean novios porque eso implicaría “estar en relaciones con un hombre con quien se piensa uno casar” (p. 143).

La rebeldía social de la protagonista no sólo se aprecia en su actitud respecto al amor, sino también en la expresión de su erotismo. Además de desnudarse ante su vecino y ante Arturo, Elena muestra un deseo sexual que resultaba impensable en esa época. Por ejemplo, manifiesta el disfrute de su propio cuerpo: “A veces me quedo desnuda unos instantes para poseerme mejor” (p. 114). También revela su participación activa en el encuentro sexual con su amado: “Arturo empezó a guiarme, conduciéndome a él disimuladamente, dirigiéndome con la más discreta suavidad. Nunca olvidaré mi emoción al sentir que vibraba en mis brazos como yo entre los suyos, al comprender que me transformaba en dispensadora de júbilo y amor” (p. 161). La protagonista rechaza el papel tradicional de la mujer en el acto sexual: “No he de limitarme, como otras mujeres, a ser ante el amor un objeto pasivo que goza y recibe; quisiera devolver con creces la gloria que me dieron” (p. 157). Llega incluso a manifestar deseos masoquistas, como cuando sueña que va “sobre una piragua, desnuda y atada de pies y manos” y que no hace nada por liberarse porque ese “total abandono a una voluntad desconocida” la sumía en un profundo éxtasis (p. 158). Todos estos ejemplos prueban la ruptura de la protagonista con las convenciones a las que se veían sometidas las mujeres en esa época.

El volumen se cierra con los dos fragmentos de la inconclusa novela *Mientras allí se muere*, protagonizados por Camino, una joven que trabaja como voluntaria en un hospital republicano durante la Guerra Civil. La obra resulta interesante para indagar en el papel de las enfermeras y en la situación de la población durante el conflicto bélico, como el cambio en la forma de vestir y el extremismo de los milicianos. Por este motivo, llama la atención la escasez de análisis dedicado a *Mientras allí se muere* en la introducción del libro. Por otro lado, las oportunas notas explicativas que aparecen al final del volumen hab-

rían sido más útiles a pie de página para facilitar su consulta mientras se leen las dos obras de Champourcin.

Finalmente, este libro resulta útil para ahondar en la figura de la poeta vitoriana debido a los numerosos aspectos autobiográficos presentes en *La casa de enfrente* y *Mientras allí se muere*. Urioste-Azcorra apunta al respecto que, al igual que Camino, Champourcin trabajó durante la guerra como auxiliar de enfermería en un hospital (p. 12). En relación con *La casa de enfrente*, las muecas que padece la protagonista las sufría también la propia autora, como señala Carmen Baroja en sus memorias. Además, algunos elementos de la relación epistolar que Elena mantiene con Arturo —tales como la espera ansiosa de las cartas y su tratamiento como fetiches— se hallan en la correspondencia de Champourcin con Carmen Conde, como se aprecia en el epistolario de ambas, editado por Rosa Fernández Urtasun en 2007. En definitiva, gracias a la edición cuidadosa de Carmen de Urioste-Azcorra, el lector actual puede descubrir la prosa de Champourcin y adentrarse en el desarrollo de una identidad femenina que en el primer tercio del siglo XX desafiaba las convenciones sociales impuestas a la mujer burguesa.

Champourcin, Ernestina, María de Magdala, edición de Magdalena Aguinaga Alfonso, Ariccia: Aracne Editrice, 2015, 168 pp. ISBN: 978-88-548-7767-2

DOI 10.5944/rei.vol.3.2015.15437

Reseña de ROBERTA QUANCE

The Queen's University of Belfast

Con la publicación de esta segunda edición de *María de Magdala*, de Ernestina de Champourcin (1905-1997), se rescata para las letras españolas una novela casi desconocida de una de las poetas asociadas al grupo del 27 y se amplía nuestro conocimiento de la obra entera de la poeta, a quien se le conocía —aparte de dos fragmen-

tos de una novela perdida sobre la guerra civil, *Mientras allí se muere*— una sola novela completa, *La casa de enfrente* (Madrid, Editorial Signo 1936; 2ª. ed. Sevilla, Renacimiento, 2014). Se trata de un libro casi secreto y olvidado que apareció por primera vez en México en 1943, en Martínez Aguilar, y del que hoy resulta difícil encontrar un ejemplar. Aunque la página web de la Universidad de Navarra venía al menos desde el 2006 registrando el título entre sus fondos, procedentes del legado de la poeta, la obra no había suscitado la atención de ningún estudioso. Es de esperar que con la actual reedición, hecha sobre la base de la primera edición, se inicie una plena reevaluación de toda la prosa de Champourcin y se aproveche la oportunidad que nos brinda ahora Magdalena Aguinaga Alfonso para comprender mejor a esta escritora.

Se trata de una obra que parte de un tema central de la primera novela de Champourcin, *La casa de enfrente* o, para ser más exacta, del segundo apartado de esta, que lleva por título “María de Magdala.” Era este apartado con su núcleo autobiográfico acaso lo más logrado de una novela que mereció una reseña favorable por parte de Guillermo de Torre en *El Sol*. Pero la novela llevaba la fecha de mayo de 1936 y apenas si llegaría a los lectores, ávidos entonces de lo que producían las mujeres, antes de verse sumergida en la vorágine de la guerra. Tras el exilio de su autora (1939-1972) e incluso más allá de los setenta, no se volvió a hablar de esta obra. Torre había destacado el tema amoroso y el acertado retrato psicológico de la protagonista, una joven cuya formación intelectual era una compleja amalgama de feminismo y fervor religioso. En el apartado dedicado a la Magdalena la narradora evocaba el ambiente y los horizontes intelectuales de un convento de monjas donde se encontraba internada la joven Elena, una chica de la clase alta proclive a la mística.

Ya entrada en años Champourcin repudiaba esa primera novela (Checa 1998) y entre sus estudiosos, incomprensiblemente, hay quien la ha secundado, dando a entender que la novela era inmadura (Landeira 2005). ¿Se arrepentiría acaso la autora también de haber escrito *María de Magdala*? Lo cierto es que esta segunda novela no se la